

EL SISTEMA DE PARTIDOS: ¿CREDIBILIDAD O CRISIS?

45

Por: Godofredo Aguillón

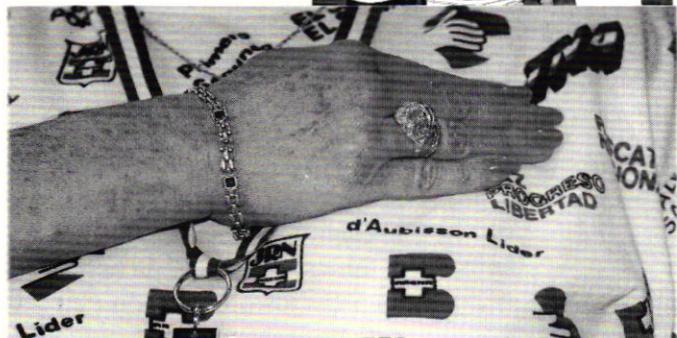
Este ensayo tiene el propósito de mostrar cómo se encuentra el sistema de partidos, rescatando el desarrollo político alcanzado hasta el momento, tras haber transcurrido seis años de la firma de los Acuerdos de Paz.

Desde esa perspectiva, el ensayo se propone analizar los reajustes al sistema de partidos vigente en El Salvador, así como los cambios inéditos en los espacios políticos, según las tendencias y posicionamientos de la oposición en la escena política, producto de los avances obtenidos en las elecciones de diputados y alcaldes en marzo de 1997. Un marco idóneo para analizar esas transformaciones ocurridas en el ámbito político, lo constituye la primera experiencia de participación de la izquierda en las elecciones, lo cual implica revisar los resultados electorales de ésta y su repercusión en el sistema de partidos.

En ese mismo orden de ideas, esos cambios aludidos políticos tendrían, como eje de análisis, los efectos sobre el partido en el gobierno pues, desde hace ocho años, dicho partido mantuvo una

preeminencia y hegemonía sin contrapeso político en términos de manejo y control de ciertas estructuras del Estado, que le permitían un trabajo cómodo para gobernar y, hasta cierto punto, con niveles de autoritarismo propios de partidos, que controlan el espacio estatal público según los intereses en juego.

Sin embargo, desde las elecciones presidenciales de 1994, la izquierda se ha



Fotos: Yuri Cortez

Licenciado en
Economía.
Maestría en
Sociología, por la
Universidad
Iberoamericana.
Profesor-
Investigador de
Ciencias Sociales de
la UTEC

POLITICA

ganado un espacio político inusitado, que ha crecido con las elecciones de diputados y alcaldes de 1997, convirtiéndose en fuerza con capacidad de poder e influencia en el electorado, a través del aprovechamiento de los espacios políticos ganados desde aquel año gobiernos locales y veintiún diputados —situándose en alternativa de gobierno entre la población. Sin embargo, a contrapelo de los análisis bondadosos, que ubican a la izquierda en un futuro gobierno, la experiencia y los hechos demostrarán las posibilidades de que ocurra un cambio de gobierno. A priori, no podemos afirmar semejante atrevimiento.

Proceso de transición

La historia política del país ha ido moviéndose, a partir de flujos y reflujos más o menos definidos, según los procesos sociales y económicos que han caracterizado y gravitado en un momento determinado. Definir los cambios, que dan lugar a transformaciones profundas, podrían apuntar a cuestiones irreversibles que jamás volverán a ocurrir, lo cual vuelve irrelevante abordar el problema de la transición, sin antes definir sus límites y su contenido. Entendámonos: el autoritarismo no es propio de gobiernos militares, sino también de partidos que copan todas las estructuras del Estado y proceden a actuar de modo autoritario cuando están en el poder político, legitimado por procesos electorales.

La configuración y aplicación de moldes homogéneos de transición en los países son poco alentadoras para recrear y captar un proceso complejo en sus dimensiones; peor aún, cuando se refieren a realidades distintas y heterogéneas en su contenido. El análisis del sistema de partidos se enmarca en esta discusión de los procesos de transición, desafiando la legitimidad y credibilidad, a la que están siendo confinados los partidos políticos por la ausencia y falta de capacidad, para articularse con las necesidades sociales de los sectores desprotegidos.

Los análisis de transición, que se han difundido en nuestro medio, han sido presa fácil de los aportes hechos por el dúo O'Donnell-Schmitter en los procesos políticos de América Latina, el cual según indican estos autores el cambio de un régimen autoritario a otro de carácter democrático plantea un proceso de transición. Esta premisa ha sido la regla sagrada, que muchos científicos sociales retoman, para analizar los procesos democráticos que irrumpieron en la región. El caso nuestro no está

exento de estas contribuciones que permearon en los análisis políticos, con pequeñas variaciones según los autores¹. Otros sospechan de la temporalidad de esos procesos de transición, argumentando que ésta podría finalizar posteriormente al evento electoral de 1997.²

En estos marcos de análisis, los procesos de liberalización política tampoco son ajenos a los procesos de transición³, que moldean el comportamiento político de los actores y permiten al régimen ensayar aperturas políticas hacia los movimientos opositores de antaño. Plantear a priori que la transición tiene como sello el predominio de la derecha a finales de siglo⁴, es desconocer las dinámicas del cambio político y sus consecuencias, en sociedades que buscan alternancia en el poder o compartir el poder en niveles diferenciados. La izquierda ha minado y sustraído el dominio que caracterizó a ARENA, desde cuando empezó a repuntar en el seno de la Asamblea Legislativa en 1985 y cuando accedió al poder político en



Foto: Yuri Cortez

1989. Una década después, las cosas han cambiado no para favorecer a ese partido de derecha. Los procesos políticos son contingentes y azarosos, capaces de refutar valoraciones a priori no sustentadas en argumentos válidos y contrastables.

Caracterización postbélica

El Salvador tuvo retrospectivamente un sistema de partidos dominado, por supuesto, por partidos de pensamiento e ideología conservadores, pretendiendo a toda costa evitar cambios políticos —igualmente sociales y económicos— de gran envergadura, que direccionen y apunten hacia un sistema democrático. Las pequeñas variaciones —al incorporar y tolerar a partidos de izquierda en la década de los sesenta y setenta— son insuficientes para tener un sistema democrático y plural, sobre todo cuando por manu militari se asediaba los espacios políticos que incomodaban al poder político y a la clase dominante de la época.

Aunque en la década de los ochenta no mejoró sustancialmente el sistema de partidos, en El Salvador se convivió, en medio de la guerra, con experiencias semicompetitivas desde el centro hasta la derecha del espectro político, con la pretensión expresa de dominar el proceso electoral y político. Era propia de esta década la competitividad entre la Democracia Cristiana y el partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), en cuyas acciones se acoplaban los otros partidos minoritarios, que se extinguieron por la fuerza de las circunstancias y obligados a replantear su modo de participación en la palestra política. Al final de esta década, hay que destacar la apertura, un tanto traumática, del sistema con la participación de la izquierda democrática, aglutinada alrededor de Convergencia Democrática, en las elecciones presidenciales de 1989. Esta experiencia política fue abriendo espacios en la estrechez de un sistema poco competitivo, para ofertarle al electorado una alternativa diferente al viejo sistema de partidos con dominio conservador y reformista, vinculado éste a la Democracia Cristiana. Este esfuerzo de apertura restringida tuvo, como capital político, zanjarse un espacio que después fue apropiado por el FMLN, luego de su incorporación a la vida civil, sin capacidad de encontrar —hoy día— otro partido bien organizado susceptible de disputarle a ese partido ese espacio que es suyo en términos de acción y lucha estratégica.

Tras la firma de los Acuerdos de Paz, el país inaugura un inusitado sistema de partidos que, por primera vez en la historia, da cabida a la otra izquierda armada, al convertirse en fuerza política legal al posterior desarme y desmovilización de sus excombatientes en 1992. Los cambios políticos, que emergen del pacto aludido que puso fin a la guerra, colocan a la izquierda en una mejor posición para aspirar a gobernar que basándose en la fuerza, como creyeron en un pasado reciente. Hoy, a diferencia del pasado, la izquierda ha ganado espacios políticos insospechados mediante el apoyo del electorado en dos procesos electorales —1994 y 1997—, minando así la omnipresencia y omnipotencia de la derecha en el espacio político, incluso arrebatándole votos electorales a su estructura partidaria y a otros de corte tradicional, como es el caso de la Democracia Cristiana, ante el marasmo que la envuelve después de las elecciones de 1994, sin posibilidades de retornar a sus viejos tiempos de lucha.

Independientemente del cambio político que emerge de los Acuerdos de Paz, no se puede sostener tajantemente que dichos acuerdos legitimaron a la democracia sin más⁵, pues se pierde precisión y contenido, cuando no se especifica qué son la democracia y su contenido. Negociar y ponerse de acuerdo en los puntos del desarme e incorporación de la exguerrilla a la vida civil no es legitimar la democracia, sino un punto de partida para construir un proceso de

POLITICA

democratización de los aspectos de la vida nacional. Pactos reducidos entre cúpulas no conducen ni legitiman a la democracia, pues la exclusión es consustancial a los grupos o gobiernos poco tolerantes al cambio político.

El Salvador está viviendo un año preelectoral, en el que empiezan a definirse los posibles candidatos presidenciales de los distintos partidos políticos, que competirán por la magistratura de la nación y, en consecuencia, en poco tiempo todos los espacios públicos estarán copados por las posturas y plataformas de gobierno de esos partidos, con la intención de convencer al electorado sobre determinados puntos programáticos y perfiles de candidatos.

El sistema de partidos se verá sometido a la tercera prueba electoral posterior a la firma de los Acuerdos de Paz y, ante esto, es natural que emerjan los reposicionamientos o reacomodos políticos propios del proceso, pretendiendo ensayar coaliciones o uniones políticas entre partidos afines en ideología y acción política. El proceso político salvadoreño está harto de conocer estas experiencias, sobre todo cuando se avecinan procesos electorales que definen los virtuales ganadores en las contiendas.

Después de los procesos electorales de 1994 y 1997, el sistema de partidos se ha configurado siguiendo sus propios reacomodos coyunturales y de acuerdo a conveniencias políticas de los partidos políticos.

Por el lado de los partidos con clara definición de derecha, observamos cómo ARENA y PCN han unido fuerzas para contrarrestar el avance del FMLN y para la elección de cargos públicos. La elección del nuevo presidente de la Corte de Cuentas, elegido a mediados de agosto, es sintomática de esa relación política; también, al interior de la Asamblea Legislativa hemos constatado este agrupamiento decisivo, incluso con el consentimiento del PDC, en el caso del préstamo del Banco Mundial para el Ministerio de Educación retenido, para su aprobación, con mayoría calificada por la oposición –FMLN, USC, etc. En el campo de la izquierda es notorio el dominio entre en los que se ponen de acuerdo. En el campo de la izquierda es notorio el dominio total del FMLN, tratando de obtener aliados no ideológicos pero necesarios en temas comunes de interés nacional –la USC ha estado del lado de ese partido de izquierda posterior a las elecciones de 1997. Este agrupamiento, sin embargo, poco le ha servido al FMLN en sus intentos de enfrentar al partido de gobierno, ya que sólo cuenta con dos diputados en la Asamblea Legislativa.

De hecho, la tensión del sistema de partidos posterior a los Acuerdos de Paz ha estado entre ARENA y el FMLN —evidenciado en las elecciones de 1994 y 1997—, a tal grado que otros partidos minoritarios están preocupados por lo que ellos han dado en llamar un “bipartidismo” polarizante emergente del proceso postbélico. Ante esta situación, varios de esos partidos políticos han optado por explotar y ganarse el “centro político”, con la idea de despolarizar aquella tensión política, entre los cuales están la Coopección Democrática (CD), Democracia Cristiana (PDC) y Partido Demócrata (PD), aglutinados en lo que fue la UNO oficializada el 25 de agosto recién pasado; Partido Liberal Democrático (PLD), Liga Democrática Republicana (LÍDER), Pueblo Unido Nuevo Trato (PUNTO), Movimiento de Unidad (MU) etc. Los reacomodos y definiciones de estos partidos dependerán de cómo se desarrolle el proceso electoral que se avecina, mostrando algunos ciertas definiciones claras. Hay quienes que ya apostaron a que ese ansiado “centro político”, es una farsa ante dos contrincantes ideológicos que dominan la esfera política nacional⁶.

Deterioro de liderazgo

Según el análisis weberiano, la democracia plebiscitaria se fundamenta en la aclamación de las masas al líder, cuyos dotes y capacidad infunden respeto y admiración en los gobernados, esto es, en los electores y ciudadanos con capacidad de votar. Este talante del líder se conjunta con su asombro y audacia para relacionarse con los subalternos, manteniendo un orden social y político poco proclive a degenerar crisis de grandes dimensiones.

En la realidad política del país, se observa un endeble sistema de partidos que genere liderazgos con rumbo y dirección hacia mejores apremios de bienestar general. Se percibe, en el ambiente político, una ausencia clara de liderazgos que muestren un proyecto nacional propio, que cubra las necesidades sociales y económicas sin intereses particulares; que infunda respeto a la comunidad internacional y que se desenvuelva con cordura y cordialidad y amistad entre las naciones; que demuestre capacidad para proponer soluciones realistas a los graves problemas nacionales sin presiones de ninguna índole; que muestre un interés por el futuro del país y sus necesidades capitales, etc.

Reflexión final

El Salvador ha experimentado cambios políticos tras el cumplimiento de los Acuerdos de Paz, de tal modo que hoy asistimos a un sistema de partidos plural, que modificó el sistema político anquilosado que perpetuaba el poder a los adherentes a la vieja clase dominante. Ahora, el sistema de partidos está ante la encrucijada de articularse con los intereses generales y sus respuestas a los urgentes problemas que aquejan a la mayoría de salvadoreños.

Un sistema de partidos alejado de la realidad socioeconómica está condenada a fracasar como intermediario entre las necesidades de los ciudadanos y el Estado. Volcarse a resolver problemas, que no a lucrarse de un espacio que les otorga la sociedad a los partidos, es el reto fundamental de todos aquellos sectores políticos, que presumen de representatividad social en los procesos electorales, pero quedan vaciados de ella cuando están usufructándose del poder que les otorga el ciudadano. Sin este poder que proviene de la gente, dejan de ser partidos para convertirse en asociación sin plaza vacante.

No es el sistema de partidos el que tiene que esperar que la gente llegue a su puerta, es todo lo contrario; él debe acercarse al ciudadano permanentemente para procesar sus demandas y tratar de resolverlas; el sistema de partidos no debe servir sino servir a los intereses generales del conglomerado social. Cuando los partidos políticos dejan de ser maquinarias electorales para convertirse en instrumentos de poder social, podrían ser entes racionalizadores del poder para ponerlo al servicio de la gente.

NOTAS

1 Rubén Zamora ha preferido referirse a tres niveles de transición, sin precisar el contenido de este proceso. Cfr. "Partidos políticos cultura: ¿Instrumento u obstáculo?", en Roggenbuck, Stefan (de.), *Cultura política en El Salvador*, Konrad Adenauer Stiftung, San Salvador. 1995.

2 Véase Ribera, Ricardo, "Aritmética política. Propuesta de reformas del sistema electoral", ECA, No. 579-580, enero-febrero 1997. (Consultada en Internet).

3 En estos términos argumenta Rafael Guido Béjar el cambio político ocurrido desde la década de los ochenta, "El Salvador: ¿una democracia diferente? Apuntes para la definición del régimen político salvadoreño", en Rafael Guido Béjar y Stefan Roggenbuck (eds.), "El Salvador a fin de siglo", Konrad Adenauer Stiftung y UCA. San Salvador. 1995. P. 19 ss.

4 *Ibid.*. P.21.

5 Cfr. Córdova Macías, Ricardo, "De la guerra a la paz. Una cultura política en transición", IDELA/FUNDAUNGO/University of Pittsburgh. San Salvador. 1995, p.26.

6 Cfr. Ribera, Ricardo. Op. cit..